

Resistencia cultural del mundo indígena andino

Los incas fueron una etnia muy poderosa, al parecer de origen aymara —Bolivia—, que se estableció en un valle andino de la hoy denominada ciudad del Cusco en Perú, hacia el siglo XIII de nuestra era, desde donde se extendió al norte y sur de su territorio y formó el gran imperio del Tahuantinsuyo, ya en pleno siglo XV. Este imperio, de características teocráticas, gobernando bajo una especie de socialismo paternalista, llegó a alcanzar un radio de más de cuatro mil kilómetros, equivalente a las actuales repúblicas de Perú, Bolivia, Ecuador y hasta el noroeste de Argentina, sur de Colombia y el río Bío-Bío en Chile. A la vez, los incas supieron estructurar una sólida economía, basada fundamentalmente en el laboreo intensivo de la agricultura, y contaron con un fuerte ejército bien armado y disciplinado. Su nivel político, religioso y administrativo, fue, sin duda, el más alto de todas las culturas indígenas americanas. Muestras derivadas de aquella eficaz organización son algunas de las magníficas estructuras conservadas de sus palacios y templos, e incluso de ciudades: baste citar en este sentido al Coricancha de Cusco, a Machu Picchu y al mismo Cusco.

Por todo ello, se ha hablado mucho del sorprendente y súbito desmoronamiento de tan gran Estado, a la llegada de un puñado de españoles —al mando de Francisco Pizarro— el 16 de noviembre de 1532; desmoronamiento acentuado el 26 de julio de 1533 con la muerte de Atahualpa, el último omnipotente monarca, anterior a la incursión europea; porque nada más producirse estos acontecimientos, el adelantado Francisco Pizarro se proclamó —aparentemente sin ninguna oposición— gobernador de tan extensos territorios, en nombre del emperador Carlos V.

Sin embargo, los hechos no fueron como a primera vista parecen. Por el contrario, se produjo en los territorios andinos una tenaz resistencia en

contra del dominio español a lo largo de todo el virreinato peruano, además muy convulsionado por frecuentes rebeliones de los propios conquistadores y de los indígenas y, todavía más profundamente, por el rechazo de las formas culturales y religiosas de Occidente, de parte de estos últimos. Pero a pesar de todo lo escrito sobre el pueblo inca, su impresionante historia ha eclipsado estas luchas, unas veces abiertas y otras secretas, en que se intentó reinstaurar el legado del Tahuantinsuyo, quizá por carecer de la enorme brillantez alcanzada durante la etapa imperial. Por fortuna, ahora nuevas fuentes históricas y recientes estudios, ponen de evidente manifiesto tan enérgica oposición.

En el presente trabajo, pretendo analizar el intento de gran parte de las etnias indígenas por mantener sus tradiciones y libertades, en las primeras décadas del moderno Perú, después del arribo de los conquistadores europeos; y digo «de gran parte», porque algunas de ellas —muy descontentas de la opresión incaica— se unieron de inmediato a los extranjeros; buen ejemplo son las de los cañaris y huancas.

Dos documentos, aparecidos hace poco tiempo, y gestados en dicho período, arrojan luz esclarecedora sobre hechos tan importantes. La firma del primero pertenece al cronista español Juan de Betanzos, quien casado con Cuxirimay Ocllo, la piuihuarmi o esposa principal de Atahualpa, compuso en 1551 una crónica de total carácter indigenista, titulada *Suma y narracion de los Incas*, la cual fue descubierta y publicada por mí en 1987, tras haber estado perdida durante cuatrocientos treinta y cinco años. La crónica de Betanzos cuenta la más verídica historia del pueblo inca, desde una genuina versión oral, recogida de personajes pertenecientes a las elites del imperio y, al mismo tiempo, los primeros levantamientos indígenas, en los que el autor fue testigo directo e incluso mediador, en calidad de hombre de confianza, de los gobernantes virreinales y de los personajes reales del incanato, como atestiguan Tito Cusi Yupanqui y Garcilaso de la Vega. (Tito Cusi Yupanqui, pág. 224: 1988; Garcilaso de la Vega. Capt. IX. págs. 140-141. Editorial Universo.)

El otro documento se debe a la pluma de un cura o doctrinero español, que trabajó en Charcas o Alto Perú, desde donde redactó en 1587 una carta de cuatrocientas setenta y seis páginas, dirigida al entonces rey de España, Felipe II. En ella, hace un análisis sistemático del estado de la evangelización en los territorios andinos, aludiendo constantemente al fracaso de la Iglesia Católica, por la resistencia del pueblo llano a aceptar su religión. Aunque el título no parece originario, pues posiblemente no lo tuvo hasta finales del siglo XIX, se la conoce como: *Costumbres de los indios del Perú*.

Una vez expuestos estos precedentes, en primer lugar abordaremos los esfuerzos llevados a cabo por los descendientes de los monarcas incaicos, en su tardío afán de restablecer el Estado inca, cuando ya se había superado la sorpresa de la llegada europea; después examinaremos la radical y secreta oposición de las gentes sencillas del imperio, campesinos y pastores, en admitir las nuevas formas culturales procedentes de Europa.

Al inicio del siglo XVI gobernaba en el Tahuantinsuyo el poderosísimo rey Huayna Capac, quien se había encontrado con un enorme Estado, formado en la centuria anterior, por su abuelo Pachacuti Inca Yupanqui y su padre, Tupac Inca Yupanqui. Casi todo su reinado lo dedicó a la pacificación y a la represión de pueblos, como los chiriguanos, carangues, otavillos, etc. —que continuamente se alzaban— tratando de imponer desde Quito la paz incaica en todas las provincias sojuzgadas; aunque también realizó la anexión de otras etnias, por ejemplo la de los chachapoyas (Betanzos, pág. 189: 1987).

En medio de estas circunstancias, a finales de 1526 desembarcaron los españoles en la bahía de San Mateo, al mando del extremeño Francisco Pizarro. Según Betanzos, cuando llegaron los mensajeros de Tumbes, anunciando la noticia, Huayna Capac acababa de morir en Quito, a consecuencia de una enfermedad de lepra (seguramente viruela o sarampión), tal vez contagiada por los europeos desde Centro América, si bien estudios muy recientes indican la posibilidad de que hubiera sido asesinado. (Luis Guzmán Palomino, pág. 174: 1995. Obra inédita.)

Nada más suceder el óbito, se desató una tremenda crisis sucesoria en el incanato. Por un lado, aspiraba al trono el hijo mayor e ilegítimo, Atahualpa, que desde muy niño, según Betanzos, se hallaba guerreando con Huayna Capac en Quito; y por tanto contaba con el apoyo del ejército, en el que se integraban las panacas reales o familias elitistas del Hanan —la parte alta— del imperio; por otro, Huáscar, también ilegítimo, al parecer corriente en Cusco (Edmundo Guillén, pág. 26: 1994) se proclamó nuevo Sapa Inca, ayudado por los sacerdotes, miembros de las panacas correspondientes al Urin; aunque coinciden todos los cronistas en que, realmente, el heredero era Ninan Cuyochi, un hijo muy pequeño legítimo, muerto igualmente de lepra, casi al mismo tiempo que Huayna Capac.

En tanto, Francisco Pizarro, que como se ha dicho había llegado con una sola nao y alrededor de veinte hombres a la bahía de San Mateo en Tumbes, regresó a Panamá y mostró los objetos de oro y plata hallados en las remotas tierras descubiertas en aquel riquísimo y legendario reino. Ante su vista, no le fue difícil entrar en sociedad con Diego de Almagro y el religioso Hernando de Luque, para realizar una expedición oficial descubridora y colonizadora; pero antes, entre todos acordaron que Pizarro

pasase a la península, con el fin de que se entrevistase con el emperador Carlos V y negociara los términos de la conquista. Así se hizo, y el Emperador, avalando el proyecto, otorgó a Pizarro en Toledo la gobernación de la Nueva Castilla o del Pirú el 26 de julio de 1529; este último fue el nombre con el que se comenzaba a conocer al Tahuantinsuyo.

Mientras tan significativos hechos sucedían en España, en el Cusco, según Betanzos, Huáscar fue proclamado sucesor de Huayna Capac, con el consiguiente descontento de los otros hermanos. De ahí que mandase matar a Kusi Atauchi y a varios de sus parientes por sospecha de insurrección. (Edmundo Guillén, pág. 26: 1994.) Atahualpa se salvó por hallarse de gobernador en Quito; además, Huáscar, de inmediato ratificó su ascendencia Urin, por parte de madre, y comunicó a sus súbditos que Atahualpa, de procedencia Hanan, estaba preparando un gran ejército para ir contra él. Nuestro cronista Betanzos dice que no era cierto, pues aquél le había ofrecido acatamiento; pero temiendo perder los territorios quiteños, así lo entendió el confuso pensamiento de Huáscar. Por ello armó a diez mil hombres y se enfrentó a su hermanastro.

Mas el elevado número de soldados, no fue óbice para que Atoq, el general del monarca cusqueño, cayese derrotado ante las tropas de Atahualpa en el primer encuentro. Sin embargo, a partir de entonces los combates se continuaron, siendo las crueldades y durísimos castigos, los matices cotidianos de la contienda en ambas filas, hasta el definitivo derrocamiento de Huáscar en 1532 —como cabía esperar que sucediese— pues los soldados de Quito al mando de Atahualpa —según se ha visto— estaban muy avezados en combatir; no sólo por intervenir en constantes represiones contra las etnias levantiscas de su zona, sino también en las restantes provincias del Imperio; en cambio, los cusqueños se habían dedicado a controlar la administración del Estado desde su ciudad y a dirigir la iglesia incaica. Ahora bien, en esas fechas y como consecuencia de las cruentas venganzas entre uno y otro bando, los componentes de las panacas reales —tanto del Urin como del Hanan, que eran quienes realmente en el fondo se disputaron el poder— prácticamente habían sido aniquilados, y con ellos, las mentes pensantes y dirigentes del Tahuantinsuyo.

En estos cruciales y difíciles momentos apareció de nuevo Francisco Pizarro, acompañado por ciento ochenta y cinco hombres y treinta y siete caballos. Eran los comienzos del año 1531. Atahualpa, virtual vencedor de su hermano Huáscar, cuando se enteró de la llegada, además de no dar importancia al escaso número de gente, les tomó en un principio por viracochas —nombre derivado del dios Contiti Viracocha— quien, según la tradición andina, a continuación de haber creado a todos los seres, se fue